



MARGIE ORFORD

Preciso
como un reloj

rocabolsillo | criminal

La periodista y profiler Clare Hart es invitada a participar en la investigación del asesinato de una mujer cuyo cuerpo es hallado en el paseo marítimo de Ciudad del Cabo. A medida que aparecen otros cadáveres, Clare va dibujando la imagen de un brutal asesino en serie, así como recuerda un episodio trágico de su vida: la violación de su hermana gemela. Las pistas le llevan a adentrarse en el peligroso mundo de las bandas de crimen organizado sudafricano y a preguntarse si por alguna macabra razón los asesinatos estarían relacionados con la investigación que ella lleva a cabo acerca del tráfico humano. Preciso como un reloj es una novela policiaca que expone los bajos fondos de la pornografía y prostitución en Ciudad del Cabo. Se trata de la primera novela de una serie protagonizada por Clare Hart y que tiene como escenario a Sudáfrica en la actualidad.

Prólogo

EL hombre observa cómo se consume el cigarrillo encendido que sostiene entre los dedos de su mano derecha. El puño de la camisa de seda le aprieta la delgada muñeca, y el gemelo reluce bajo la luz artificial. Aunque la habitación está oculta en el centro de la casa –un laberinto de habitaciones y pasillos–, oye el ruido sordo de los portazos al cerrar los coches del garaje. Levanta la cabeza, que lleva rapada y llena de arañazos, y escucha. Espera. Sabe cuánto tiempo se necesitará. Entonces, se despega de la silla de piel. Camina hasta la puerta, que abre de un toque. Esa habitación y sus grabaciones no se pueden ver desde ningún sitio. Nadie entra allí jamás.

En dos pasos, llega a la habitación donde han dejado la nueva remesa. Ella lo mira, aterrorizada; a él, esa actitud le resulta provocadora. Tiende la mano a la chica. Movida por la educación y la confusión, ella le devuelve el gesto. Él la mira. Entonces, se la gira y le pone la palma, secreta y rosa, hacia arriba. La mira a los ojos, sonrío y le apaga el cigarrillo en la mano.

–Bienvenida –dice él.

La chica ve quemarse su línea de la vida, que rodea el montículo regordete del pulgar. Su respiración entrecortada y horrorizada rompe el silencio.

–¿Cómo te llamas? –murmura él, mientras le pasa un largo mechón de pelo por detrás de la oreja.

–Quiero irme a casa –susurra ella–, por favor.

El hombre le acaricia el mentón redondeado y la suave garganta. Entonces, se da media vuelta y vuelve a su oficina. Está acostumbrado al poder, no necesita pavonearse. Sabe que la chica no apartará sus ojos de él. Marca un número en su teléfono. Al otro lado de la línea, responden enseguida.

–Tengo una cosita para ti. Una remesa acabada de llegar. No, no hay más interesados todavía.

Se ríe y se vuelve para mirar a la chica, antes de cortar la llamada.

Muchas horas después, la chica está acurrucada en la esquina de una habitación, sin saber que el ojo fijo de una cámara la vigila. Está sola, con las rodillas apretadas contra el cuerpo. Se envuelve con una manta, basta y asquerosa. Su ropa ha desaparecido. Tiembla, se mece con la mano en el regazo y, con los dedos, intenta encontrar una manera de hacerle creer que no le duele la carne quemada del corazón de su palma. Siente tatuadas las garras en la piel, herida por su breve resistencia. Se abraza las rodillas. El esfuerzo le hace gemir. Se encoge ante un ruido, y deja caer la cabeza, incapaz de pensar en una manera de sobrevivir a esa situación. Está llena de odio por sentir cerca la muerte. Después de un buen rato, levanta la cabeza.

Hay algo que la cámara no capta: para sobrevivir, piensa en maneras de matar. La puerta se abre.

–La cena, señor –anuncia la doncella, paralizada por la imagen de la pantalla.

Con un toque en el control remoto, la chica herida desaparece.

–Gracias –dice el anfitrión, y, volviéndose a sus huéspedes, continúa–: Por aquí, caballeros.

La doncella recoge los vasos y los ceniceros que han dejado en la habitación. Apaga las luces y baja las escaleras para ayudar a servir la comida.

Capítulo 1

LA primera persona que encontró el cuerpo fue el viejo Harry Rabinowitz, que había salido a dar un paseo matutino. Le habían cortado con precisión la garganta, pero eso no fue lo primero en lo que se fijó. Estaba tirada en el paseo, a la vista de cualquiera que quisiera mirarla. Su cara tenía un aire infantil, y la brisa le mecía el pelo oscuro. La sangre seca se le acumulaba en los bordes de los ojos, y caía por sus mejillas como lágrimas. Sus pechos expuestos indicaban que se acercaba a su madurez como mujer. Tenía uno de los esbeltos brazos levantado por encima de la cabeza. Los dedos de la mano izquierda estaban extendidos como en un gesto de súplica. Le habían atado la mano derecha, con los dedos amontonados, con una cuerda azul, y se la habían puesto sobre la cadera.

Junto a ella, habían dejado un ramo como el que llevan las novias. Más tarde, con los consiguientes empujones de la gente que se acercaba y retrocedía, las flores acabaron pisoteadas, y pasaron a formar parte de los desechos de la calle.

Se había parado conmocionado junto a la chica muerta. Los latidos fuertes de su corazón lo ensordecían. A los

lados, empezaba a ver solo oscuridad. Se apartó de ella y se apoyó en la sólida superficie del dique de mar, dando una bocanada a la fría niebla matutina. Vio que un grupo de mujeres se acercaba, y levantó una mano en un débil esfuerzo por conseguir ayuda. Las mujeres respondieron a su saludo. Solo cuando estuvieron cerca de él, pudo conseguir que dejaran de saludarlo y miraran a la chica muerta. Entonces, se arremolinaron alrededor del cuerpo.

Ruby Cohen había reconocido a Harry y salió disparada a agarrarse a su brazo.

–Tienes un aspecto terrible, Harry. Ven y siéntate.

Lo obligó a sentarse en un banco naranja. Él la obedeció y esperó a que su corazón se tranquilizara, agradecido. Ruby se aseguró de que estaba calmado antes de volver con sus amigas.

–Llamad a una ambulancia –ordenó Ruby–. Yo pediré ayuda a la doctora Hart, vive junto al faro.

Harry la vio alejarse con actitud diligente.

Llegó más gente. Observó que a algunos aquella visión de la chica muerta les provocaba arcadas. Harry se desabrochó la chaqueta y se dijo: «Cuando no tenga tanto frío, cuando recupere las fuerzas, la cubriré».

Capítulo 2

EL frío de la noche anterior pasó del suelo a los pies desnudos de Clare, a pesar de que la luz del sol se filtraba a través de la ventana. La pereza le impedía ponerse las zapatillas. Las idas y venidas apagadas de las olas contra el malecón la reconfortaban después del caos de la tormenta que había tenido lugar una hora antes del amanecer. *Fritz* se enroscó alrededor de las piernas de Clare, y ella echó un puñado de galletas en el cuenco de la gata, que se lo agradeció ronroneando. La rutina de la mañana la mantenía estable. Mientras esperaba, miraba cómo se elevaba el vapor serpenteando, con el brazo apoyado sobre su cafetera a presión francesa. Los posos le oponían una satisfactoria resistencia al apretar el émbolo hacia abajo firmemente.

Clare se sirvió café y se sentó a la mesa. *Fritz* saltó a su regazo y se puso a ronronear, amasando sus muslos rítmicamente, causándole un dolor agradable. La mujer la acarició y abrió el periódico. Echó un vistazo al parte sobre el oleaje. Bebió más café y leyó la previsión meteorológica de los próximos días.

Aunque no lograba su propósito, Clare había aprendido a no dejarse llevar por el pánico si no conseguía mantenerse ligada al presente. Probó con algo diferente.

Compras, se iría de compras. En su casa no tenía nada para comer y necesitaba toallas nuevas. Clare cogió un lápiz y empezó a hacer una lista.

Azúcar.

Más café.

Papel higiénico.

Whisky.

Fruta.

Jabón.

Comida para el gato.

Medias.

Se inclinó hacia delante para templarse con el calor del sol. Seguro que necesitaba más cosas. Había estado viviendo fuera con una maleta durante tanto tiempo que había olvidado lo que se necesitaba para llevar un hogar apropiadamente. Después de un rato, añadió leche a la lista. No se le ocurría nada más. Cuando sonó el timbre del teléfono, fue un alivio para ella. Clare fue a cogerlo, e hizo que el gato se cayera.

—Hola, Julie.

—¿Cómo lo haces para saber siempre que soy yo? —le preguntó a su hermana.

—Eres la única persona que llama tan temprano.

La voz de Julie llenó el silencio, y con su calidez hizo que las sombras de Clare volvieran a sus esquinas.

—¿Qué estás haciendo?

—Una lista de la compra.

—Ahora te comportas como una persona hogareña —dijo Julie.

—Lo intento —dijo Clare—. Me siento un poco desequilibrada después de haber estado fuera de casa durante tanto tiempo. *Fritz* empieza a volver a hablarme.

–Anoche vimos tu documental –dijo Julie–. ¿Has visto la reseña en el periódico de hoy?

–No –replicó Clare yendo a la sección de arte. Empezó a leer en voz alta–: «Clare Hart, la galardonada periodista, investiga la implosión del este del Congo», bla, bla, bla...

–Venga Clare, no seas así. Al menos te mencionan.

Clare revisó el artículo.

–Pero, fíjate, Julie, ni siquiera se menciona que las fuerzas de paz piden sexo a cambio de ayudas alimentarias. Eso no es ni tan solo un pitido en el radar de escándalos.

–Lo sé, pero al menos vuelves a poner la guerra en el punto de mira del público.

–Me temo que la gente ya no capta la diferencia entre un documental y la telerrealidad –dijo Clare–. Lo que mayor vergüenza me causa es el intenso placer que se obtiene del poder. Y cuando tienes una cámara, tienes poder, es así de simple.

–Es tu trabajo, Clare, a eso te dedicas –dijo Julie–. No voy a seguir intentando convencerte de que eres la mejor otra vez. Así que cuéntame otra cosa. ¿Qué tal tu clase de surf?

–Genial –contestó Clare–. Aterradora, pero genial. Conseguí mantenerme de pie durante al menos diez segundos. He vuelto a pedir hora para esta semana. Tienes que dejar que me lleve a Imogen conmigo. ¿Qué tal está, por cierto?

–Está bien, creo. Callada pero bien. Es difícil de saber a los dieciséis años –intervino Julie.

Clare se sentía muy apegada a su sobrina, pero Julie no siempre creía que fuera la mejor compañía.

–¿Qué tal le va a Beatrice? –Clare oyó a alguien enfurecido por detrás.

–En el momento justo –se rio ella.

Beatrice tenía cuatro años, y se resistía firmemente a comprometerse.

–Oh, Dios, ya empezamos –dijo Julie–. Ahora solo quiere ponerse ropa de color púrpura, y ahora todo lo que tiene de ese color está mojado. El pobre Marcus está intentando convencerla de que el rosa es tan bueno como el púrpura.

–A juzgar por el ruido, está fracasando miserablemente –bromeó Clare.

–Completamente –respondió Julie. Cerró la puerta de la cocina y el ruido se silenció de repente–. Háblame de ese nuevo proyecto tuyo.

–¿La historia sobre el tráfico humano? –preguntó Clare.

–Esa misma –contestó Julie–. ¿Te han dado vía libre?

–Todavía no. Aunque sí he conseguido algo de dinero, y ya he empezado a husmear de todos modos –dijo Clare.

–Ten cuidado, Clare –le aconsejó Julie–. Investigar a esos tipos es meterse en un nido de víboras.

–Voy con cuidado –dijo Clare. Se oyó un golpe y a Beatrice gritando a su madre. Parecía furiosa–. Jules, apenas puedo oírte.

–Es que no he dicho nada –respondió Julie–. Lo que has oído ha sido un silencio descreído.

–Tengo que irme, Julie. ¿Puedo llamarte después?

–Sí, me apetece verte. Quiero que me cuentes más cosas.

Colgó antes de que Clare pudiera despedirse. Salió a su balcón para desperezarse. Hacía frío, a pesar del sol, así que se enfundó una sudadera. Después de hacer *footing* durante una década, había conseguido tener un físico delgado y flexible que todavía la sorprendía.

Las llamadas del timbre resultaban intrusivas. Volvió dentro.

–¿Sí? –respondió irritada.

El interfono se entrecortaba. Clare no podía entender lo que le decían.

–Espera, ya salgo.

Cogió las llaves y el teléfono móvil y cerró. En dos saltos, llegó al final de las escaleras, pero no había nadie esperando en la puerta. Pensó que debía de tratarse de un mendigo madrugador. Se disponía a echarse a correr cuando una anciana la llamó desde un lugar donde se arremolinaba la gente en el paseo que había junto a Beach Road.

–Doctora Hart, ayúdeme.

Era Ruby Cohen. El corazón de Clare se paró. Su soltería ofendía los principios de Ruby, igual que su negativa a unirse a la Vigilancia del Vecindario.

–Buenos días, Ruby –dijo ella–, ¿qué ocurre?

–Doctora Hart, es terrible. Venga a verlo. Han encontrado a una pobre..., está muerta.

Clare vio el cuerpo que yacía en el paseo. Un cadáver no era algo inusual en Ciudad del Cabo. A los muelles llegaban desechos humanos flotantes, y la noche anterior había sido lo suficientemente fría como para llevarse a una vagabunda antes de ceder con el sol de la mañana. La multitud se apretujaba, como para asegurarse unos a otros que estaban vivos. Clare se acercó preguntándose si sería uno de los mendigos que merodeaban por la zona.

Se le heló la sangre en las venas al ver a la chica muerta. El viento movió ligeramente un mechón de pelo negro de la joven, que cayó después sobre uno de sus hombros morenos. Clare volvía a hundirse en su pesadilla. Necesitó hacer acopio de mucha fuerza de voluntad para volver al presente, a ese cuerpo, a ese lugar, a ese día. Entonces, su mente cambió al modo de experta observadora y desapareció de ella todo rastro de emoción. Examinó el lugar donde se encontraba el cuerpo, anotando cada detalle con precisión forense.

Se fijó en las marcas débiles de sus brazos desnudos, heridas que no habían tenido tiempo para salir del todo. La chica tenía atada la mano derecha, como transformada en un fetiche extraño. Se la habían atado minuciosamente

sobre la cadera. Algo sobresalía de la mano, y brillaba con la luz del sol. Llevaba unas botas muy altas, con las que debía de haberle costado caminar, pero, claro, no iba a ir a ninguna parte con su delicada garganta cortada.

Clare encendió instintivamente la cámara de su teléfono móvil y sacó rápidamente una serie de fotos, ignorando los murmullos indignados que se levantaban a su alrededor. Tomó una foto de las manos ampliadas de la chica, pero un anciano se adelantó y la cubrió, separando a los vivos susurrantes de la muerta, antes de que Clare pudiera impedirselo. El mensaje que ocultaba el cuerpo destrozado y expuesto quedó fuera de su alcance.

Clare se alejó, abrió su teléfono móvil y marcó. Esperó a que contestara.

–Riedwaan –dijo ella–, ¿te has enterado del cuerpo que han encontrado en Sea Point?

–Acabamos de recibir el aviso –respondió con voz neutral–. Un coche patrulla va para allá con la ambulancia.

–Tendrías que venir, Riedwaan. –Debía entender su reticencia. No lo había llamado desde que había vuelto y ahora lo telefoneaba porque alguien había sido asesinado –. Lo que ha pasado aquí no está nada claro.

–¿A qué te refieres? –preguntó él.

Clare volvió a mirar al bulto cubierto con la chaqueta. La visión de las piernas delgadas y sin vida hizo que casi no le saliera la voz de la garganta.

–Todo está demasiado... evidente, Riedwaan, demasiado arreglado. Y no hay sangre. No me parece que esto sea el resultado de una discusión sobre dinero que acabara mal.

–Muy bien, voy para allí –dijo Riedwaan. Confiaba en el instinto de Clare. Su trabajo como criminóloga estaba fuera de toda duda, a pesar de seguir métodos poco ortodoxos. Usó un tono de voz más suave–. ¿Cómo estás, Clare? Te hemos echado de menos.

Clare lo oyó, pero no respondió. Sintió la emoción que asomaba en su corazón y cerró el móvil de golpe. La mañana parecía ahora mucho más fría.

No había nada más que pudiera hacer. Así que se forzó a correr. No necesitaba quedarse allí para ver lo que iba a pasarle al cuerpo de la chica. Ya lo sabía. Clare tuvo que correr tres kilómetros hasta que el ritmo de sus pies sobre el suelo apartó la imagen de la chica muerta de su mente.

Intentó dejarse llevar por el ruido de las olas al romper. Clare no quería pensar en la chica muerta tirada en la calle, pero sus pensamientos volvían a ella repetidamente, igual que cuando uno se toca un diente dolorido con la lengua una y otra vez.

Una hora y media después, volvía a casa por el paseo. El coche de Riedwaan estaba aparcado junto al área acordonada alrededor del cuerpo de la chica. Ahora el cadáver estaba en buenas manos.

A causa de su ánimo vengativo, el inspector Riedwaan Faizal tenía buen olfato para encontrar a los asesinos de jovencitas. Clare intentó resistirse al impulso que la empujaba a reunirse con Riedwaan. Y él no la había visto apartada de la multitud, así que se fue a casa. Una vez en su piso, se duchó y se puso un top, pantalones, una chaqueta y un fular con la seguridad propia de una mujer con buena ropa y gusto para vestirse. La emisora de radio local ya estaba dando las primeras noticias sobre el truculento episodio de la mañana. Por la tarde, las portadas con los titulares del asesinato estarían en todas las esquinas de la ciudad.

Clare apagó la radio y se sentó a su escritorio. Miró por la ventana. La visión del mar le devolvió el equilibrio, y después de un rato pudo dedicarle toda su atención al trabajo. Clare cogió una abultada carpeta. En su lomo había garabateado: «Tráfico humano en Ciudad del Cabo», en color dorado. Había descubierto que en Main Road, en el interminable barrio rojo que cruzaba los suburbios en la

falda de Table Mountain, las mujeres vivían hacinadas en burdeles y en multitud de clubes para caballeros. El tráfico cada vez estaba más organizado. Clare se estaba preparando para una entrevista que había conseguido después de una delicada negociación. Natalie Mwangi había sido víctima de una de estas redes de tráfico de mujeres en el Congo y asumía un gran riesgo al aceptar hablar con Clare.

Con su investigación no estaba ganando muchos amigos. Tenía que convencer a su productor, que estaba lejos, a salvo en Londres, de que le dejara incluir en el documental la entrevista a un traficante. Era una propuesta arriesgada que requería un tiempo. Clare había tanteado el terreno cuando había estado en el Congo dos meses antes. A su regreso, había oído que Kelvin Landman podía estar dispuesto a hablar con ella. Había ejercido como proxeneta desde los quince años. Clare no había podido verificar el rumor según el cual habría empezado prostituyendo a su hermana de diez años. Una de las fuentes policiales, le había explicado que Landman había trepado rápidamente por la jerarquía de la delincuencia callejera. Era un hombre con visión de los negocios, y la porosidad de las fronteras de la Sudáfrica posdemocrática le había permitido hacer mucho dinero. Su nombre se había convertido en un sinónimo del tráfico de mujeres y de la industria del sexo. Y Landman castigaba sin dudar cualquier incumplimiento de sus reglas.

Una vez, Clare le había preguntado a una joven prostituta cómo trabajaba Landman. La chica se señaló dos largas y ligeras cicatrices que tenía en el vientre de piel suave. Ese había sido el castigo sufrido por un embarazo imprudente. Había tenido que abortar y, al día siguiente de hacerlo, había vuelto al trabajo. Se rio cuando Clare le pidió una entrevista. Se fue. No había vuelto a verla.

Su mirada volvió a perderse en el mar. La niebla estaba levantándose, llevándose con ella la temprana promesa

de la mañana.

Resultaba evidente que traficar carecía de riesgos para el traficante, y le proporcionaba mucho dinero. Últimamente, Landman se había hecho famoso por colarse en los círculos más elevados de los negocios y la política. Incluso un respetable diario dominical lo había descrito como un «empresario del placer». Clare arrancó una hoja en blanco de su cuaderno y anotó sus preguntas:

«¿Adónde va a parar el dinero?».

«¿Cómo lo blanquea?».

«Si Landman es el vendedor, ¿quiénes son sus clientes?».

«¿Y qué compran?».

Estaba decidida a averiguarlo todo, pero la chica muerta del paseo seguía presente en sus pensamientos. Clare se levantó de golpe. Tenía que salir y estar con gente. Cogió su lista de la compra y se dirigió al Waterfront. Mientras conducía, pensaba que añadiría algunas cosas más a la lista que había hecho antes: salmón ahumado y vino, y tal vez lavavajillas.